

La reconciliación consigo mismo en la Primera Semana de los Ejercicios

Luis M.^a García Domínguez

Estas páginas exploran los aspectos que favorecen de reconciliación consigo mismo en la primera semana de los Ejercicios espirituales de san Ignacio de Loyola¹. Y concluyen afirmando que, si bien el dinamismo principal de la primera semana de los Ejercicios apunta a la reconciliación del ejercitante con su Dios, esta semana constituye también un verdadero camino de reconciliación consigo mismo para el que la vive al modo como se propone en el texto. El potencial reconciliador de la primera semana se apoya tanto en los contenidos teológicos de las meditaciones e instrucciones como en los modos de proceder (que podemos llamar psicológicos) articulados meticulosamente en el texto y que constituye su proceso, la visión formal de la *dynamis* de la experiencia total de los Ejercicios², que es el aspecto más novedoso de los mismos.

Abordamos un tema teórico, pero que tiene necesarias implicaciones para el que da y acompaña Ejercicios. Y ello porque dar y acompañar un proceso ignaciano de reconciliación con Dios y consigo mismo requiere notable familiaridad con una pedagogía a veces paradójica, que sólo se comprende plenamente en el marco más amplio de la visión antropológica que Ignacio tiene del ejercitante³.

¹ IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales. Introducción, texto, notas y vocabulario por Cándido de Dalmases, S. I.*, Sal Terrae, Santander 1990.

² F. J. RUIZ PEREZ, *Teología del camino. Una aproximación antropológico-teológica a Ignacio de Loyola*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao – Santander 2000, 69ss.

³ Para una aproximación a la antropología ignaciana se puede ver: M. RUIZ JURADO, *La antropología di sant' Ignazio di Loyola*, en Ch.-A. BERNARD (Ed.), *L'antropologia dei maestri spirituali*, Piemme, Torino 1991, 239-256. Ver también: L. GARCIA, *El hombre espiritual según San Ignacio*, Razón y Fe, Madrid 1961; J. MELLONI RIBAS, J., *Los elementos antropológicos de los Ejercicios*, en *La mistagogía de los Ejercicios*, Sal Terrae - Mensajero, Santander-Bilbao 2001, 71-103.

La primera semana como reconciliación con Dios

La aproximación a los textos ignacianos y a la práctica de la primera semana (Ej. 23-90) nos dejan la evidente conclusión de que el fin de la primera semana ignaciana es buscar la reconciliación del ejercitante con su Dios, la vivencia afectiva y sentida de una experiencia previamente creída y celebrada sacramentalmente. La primera semana pretende que el ejercitante adquiera un conocimiento nuevo de sí, un conocimiento más profundo y sentido de su realidad de pecador. Busca además una movilización de los afectos ante la manifestación de la misericordia divina tenida con él (primer ejercicio), de modo que esa experiencia de misericordia le permite explorar su propia historia reconociéndose pecador (segundo ejercicio), así como le facilita profundizar en el conocimiento y aborrecimiento de su pecado y de las raíces del mismo (tercer y cuarto ejercicios); de tal modo que en adelante ya no puede pensar un proyecto que siga la dinámica del pecado (quinto ejercicio), sino un nuevo proyecto en alabanza y servicio agradecido al Cristo que lo salvó (coloquio).

Así se percibe en el mismo texto de Ignacio de Loyola⁴; y también lo recoge así, con unos u otros acentos, la práctica de los primeros jesuitas reflejada en los Directorios. En ellos se indica el conocimiento del pecado propio como uno de los primeros fines de la semana, pero un conocimiento que lleve a la compunción y a la aflicción, un “conocimiento experimental y afectivo”⁵; y, sin apenas referencias al temor, se produce un propósito de la enmienda que, últimamente, es un nuevo enfoque de la propia vida, que se concretará en la elección de la segunda semana.

Comentaristas posteriores expresan esto mismo con diversos acentos⁶.

⁴ Ver Ej. 43, 44, 48, 53, 55, 62, 65, 74, 78, 82, 87, 89; además, Ej. 240, 243, etc.

⁵ Directorio de Cordeses: D. 32, n. 71; ver n. 37 y 68. Los Directorios recogen explicaciones y práctica de Ignacio mismo o de los primeros jesuitas. Sobre el sentido de la primera semana, por ejemplo, se pueden ver las indicaciones de un Directorio ignaciano (D. 3, n. 9-10), del P. Vitoria (D.4, n.19) y de Polanco (D. 20, n. 56-57). Acentos distintos aparecen en Gil González Dávila (D. 31, 52 y 70) o en el Directorio oficial (D. 43, 99 y 139): M. LOP SEBASTIÀ, *Los Directorios de Ejercicios (1540-1599)*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2000

⁶ Se puede ver J. CALVERAS, *Qué fruto se ha de sacar de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio*, Librería religiosa, Barcelona 1941, 133-147; G. CUSSON, *Experiencia del misterio de salvación*, Apostolado de la Prensa – Hechos y Dichos, Madrid-Zaragoza, 1973, 120 y 121; H. COATHALEM, *Comentario del libro de los Ejercicios*, Apostolado de la Oración, Buenos Aires 1987, 92; J. LEWIS, *Conocimiento de los Ejercicios espirituales de San Ignacio*, Sal Terrae, Santander 1987, 210-211; S. ARZUBIALDE, *Ejercicios espirituales de san Ignacio de Loyola. Historia y análisis*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao – Santander 1991, 119; AA. VV., *Ejercicios: Primera semana*: Manresa 64/252 (1992); AA. VV., *Temas varios de Primera Semana*: Manresa 68/268 (1996); J. MELLONI RIBAS, *La mistagogía de los Ejercicios*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao – Santander 2001, 131-160.

En la primera semana el mensaje objetivo es la historia de la caída, considerada en continua presencia de Cristo en la cruz, que muestra la misericordia de Dios para con el ejercitante y favorece una experiencia de arrepentimiento, aborrecimiento y conversión (volviendo a la relación “original”, expresada en el Principio y Fundamento: Ej. 23). El ejercitante se abre a una relación nueva con Dios en Jesucristo; la vergüenza y confusión se transforman casi espontáneamente en adhesión total, por amor, al servicio de Cristo Salvador, y la compunción se ve impregnada de un ardiente deseo de servir a Cristo. Por eso hay lucha ascética (*ven-cer a sí mismo*), pero también proyecto futuro (purificarse para *ordenar su vida*). Se trata de una semana propiamente espiritual, no moralizadora, jurídica ni apaciguadora de la emotividad. Es un primer estadio de transformación personal, en el que la conmoción afectiva (vergüenza y confusión) produce conocimiento y aborrecimiento de los pecados y aborrecimiento de ellos, y donde la contemplación amorosa de la desproporción ante el Creador (Cristo en cruz) produce en el ejercitante agradecimiento y seguimiento.

De todo lo dicho parece claro que la reconciliación consigo mismo no es *el fin* o *el fruto* principal que se pretende en la primera semana. Pero es cierto también que esta semana genera en el ejercitante una novedosa reconciliación consigo mismo, efecto no buscado de su práctica, por cuanto en ella se ponen en movimiento dinámicas antropológicas que operan en el ejercitante un cambio tanto espiritual (pneumático) como psíquico⁷.

Sin embargo, la primera semana de Ejercicios puede ser problemática⁸, pues podría evocar concepciones de pequeñez en el ejercitante, suscitar fuertes sentimientos de culpa, generar escrúpulos innecesarios, engendrar dinámicas de autocastigo (penitencia) o de justificación autopurificatoria; y, con ello, producir ansiedades y emociones en todo modo contrarias a lo que parece sería

La reconciliación consigo mismo no es el fin principal de la primera semana. Pero sí su efecto

⁷ C. DOMINGUEZ MORANO, *Los Ejercicios Espirituales, experiencia de reconciliación*: Boletín de Espiritualidad 37/202 (2006), 7-18; también en: Manresa 77/303 (2005) 109-123. Nos parece que, si se pretendiera la reconciliación del ejercitante consigo mismo como objetivo principal de la semana, no se lograría conforme a aquello: “el que busca su vida la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará” (Mc 8,35).

⁸ A. TORNOS CUBILLOS, A., *Identidad, culpabilidad, autoestima*, en C. ALEMANY – J. A. GARCIA-MONGE, *Psicología y Ejercicios ignacianos*, vol. I, Sal Terrae - Mensajero, Santander-Bilbao 1991, 35-43; M. SIEVERNICH, *Dificultades para la vivencia del pecado en el contexto de los Ejercicios y de la cultura actual*, en C. ALEMANY – J. A. GARCIA-MONGE, o.c., 44-57.

una buena reconciliación consigo mismo. Aunque haya algún fundamento para afirmar lo anterior, aquí subrayamos que la pretensión del texto ignaciano es la contraria.

La primera semana como camino de reconciliación consigo mismo

Como decimos, podemos apreciar en la primera semana numerosos elementos del texto cuya adecuada aplicación favorece que se opere en el buen ejercitante una reconciliación consigo mismo⁹. Entre los elementos más bien formales de la primera semana, los modos de proceder, podemos señalar: las disposiciones internas previas a los Ejercicios; la disciplina dentro de ellos (uso de las adiciones, que incluyen la necesaria implicación del cuerpo); la serie de exámenes que se le propone practicar, minuciosos (examen particular), globales (examen del día), profundos (para la confesión); la oración de meditación que busca integrar todo el ser psíquico del ejercitante, con empleo de la imaginación, la memoria, la reflexión, el afecto; la oración de repetición que insiste en la resonancia afectiva (afectividad muy presente también en las reglas de discernimiento y en el examen de la oración); la necesaria alteridad de la oración mental, la cual siempre empieza (oración preparatoria, petición) y siempre termina (coloquio) remitida fuera del ejercitante, como un ejercicio de relación con Otro.

Estas y otras piezas del texto actúan formando una especie de “círculo virtuoso” en el ejercitante, al procurar en él una nueva y realista visión de sí que genera, a su vez, expectativas realistas ante todos los aspectos de la vida: desde la imagen externa e interna de sí, con la apreciación adecuada de la propias cualidades o limitaciones y sus posibilidades de éxito o fracaso, hasta las relaciones de amistad, de amor y de servicio, e incluso las relaciones con Dios. Estas expectativas realistas del ejercitante se cumplen habitualmente más frecuentemente que las que no lo son, dentro y fuera de los Ejercicios, de modo que no generan ansiedad ni frustración, sino que permiten más fácilmente la sonrisa y la capacidad de humor sobre sí mismo. Una persona así se encuentra en paz con-

⁹ La expresión *reconciliación consigo mismo* es una de las posibles para expresar un estado subjetivo en el ejercitante de mayor sosiego y menor ansiedad, de mayor claridad y menor oscuridad, de sentimientos más gozosos y menos distónicos. En tal estado se produce algún progreso en la autocomprensión y autoestima del ejercitante, en su identidad y autorrealización personal, así como una mayor capacidad de integración personal, maduración, unificación o autoconciencia. Es el reflejo psicológico del fruto integral de la semana.

sigio misma y es humanamente más madura y serena que en la situación contraria; y desde el punto de vista espiritual será más consistente¹⁰. Madurez y consistencia que a su vez favorecen la adecuada imagen de sí y las expectativas realistas.

A continuación nos detenemos más despacio en dos aspectos del proceso descrito para la primera semana: la reformulación por parte del ejercitante de esa nueva imagen de sí y la apertura a la profundidad y extensión de la raíz de su pecado; ambas constituyen una base realista de esa reconciliación consigo mismo que postulamos como fruto de la primera semana.

El propio conocimiento: hacia una nueva imagen de sí

La importancia de una positiva imagen de sí como parte de la propia identidad y como elemento constitutivo del desarrollo normal de la persona es un tema común en psicología. Sin embargo no basta tener una positiva imagen de sí para garantizar esta madurez, sino que se requiere que ésta sea adecuada y realista; lo cual implica la integración del pasado, el adecuado conocimiento y aceptación de sí y que dicha imagen apoye realistamente un proyecto de vida con sentido. Todo lo cual favorece el equilibrado procesamiento e integración de nuevas experiencias (positivas o contradictorias) y la seguridad emocional para hacer frente a los retos de la vida; por eso de tal persona podríamos decir que está reconciliada consigo misma y que podrá vivir su vida de modo psicológicamente estable, ofreciendo a su vez una buena base para el crecimiento espiritual.

Un ejercitante, por lo tanto, podría ciertamente tener problemas con su imagen de sí cuando su pasado le pesa o le avergüenza y cuando su conocimiento de sí es inadecuado por excesiva humillación; pero también cuando su grado de narcisismo genera una desmesurada visión de sí y cuando la realización de su imagen de sí pide comportamientos no compatibles con el proyecto cristiano de vida. Por ello la primera semana, que tiende a revolver la vida pasada y presente del sujeto y a remo-

¹⁰ El “círculo vicioso” de las expectativas irrealistas podría estar presente en el 60-80% de los ejercitantes (pues aparece en la misma proporción de quienes empiezan una vida vocacional); se describe en L. M. RULLA – F. IMODA – J. RIDICK, *Antropología de la vocación cristiana*, 2. *Confirmaciones existenciales*, Atenas, Madrid 1994, 146-149. Ver su efecto en Ejercicios en F. IMODA, *Ejercicios Espirituales y psicología: la altura, la anchura y la profundidad* (Ef. 3,18): CIS XXIII / n. 70 (1992) 11-72.

Una disonancia con la imagen del ejercitante que favorece el cambio de sus estructuras formales de pensamiento

ver sus seguridades actuales, puede desestabilizar la imagen positiva de sí que el ejercitante trae a los Ejercicios o, en otros casos, agudizar el disgusto consigo que el ejercitante experimente al empezar. Pues bien, la impresión que producen los textos es que la primera semana procura suscitar, en el ejercitante que no la tiene, esta disonancia con su propia imagen actual; que mantiene deteriorada por un tiempo su imagen en quien la traiga un tanto deteriorada, sin aliviarle en su baja autoestima¹¹; y esto parece facilitar la nueva y realista imagen de sí que se alcanza como fruto del proceso. Efectivamente, la disonancia cognitiva puede favorecer el desarrollo no sólo cuantitativo, sino cualitativo: el cambio de las precedentes estructuras formales de pensamiento.

En ejercicios se procura de varios modos esta disonancia y, más en general, el desprendimiento respecto a la propia imagen y proyecto. Los Directorios señalan como buena disposición la que incluye un cierto grado de insatisfacción de sí y de cómo las frecuentes confesiones (que, sin embargo, no bastan para traer la paz al sujeto), pueden constituir una buena preparación¹². Se pide entrar en Ejercicios con generosidad y disponibilidad (*Ej.* 5), sin prejuicios respecto al método (*Ej.* 22) ni al proyecto de sí (*Ej.* 136), sin previos *designios e intentos*¹³. Durante los Ejercicios mismos la disciplina personal (adiciones, *Ej.* 74-90), la docilidad al guía y la apertura a la novedad de las propias mociones facilitarán el desprendimiento de sí.

Con las anteriores disposiciones, el propio conocimiento se constituye como elemento importante de la pedagogía ignaciana de primera semana¹⁴. El ejercitante muy pronto se encuentra con una primera llamada poderosa a la autoconciencia: la *composición de lugar de la primera semana* (*Ej.* 47)¹⁵, que ofrece la visión de un ser humano dinámicamente bipolar, con una tensión interna constitutiva, en unas especie de con-

¹¹ El texto acentúa más la confrontación del narcisismo que el apoyo al ejercitante pusilánime. Esto podría ser reflejo de la experiencia del propio Ignacio, con una autoestima excesivamente alta antes de la conversión; pero más probablemente se hace por la intuición antropológica de que ese narcisismo original es universal, también presente en los que se muestran apocados en su autoestima.

¹² D. 4, n. 2-3, 20; D. 20, n. 21-24.

¹³ D. 4, n. 20.

¹⁴ Insiste en el conocimiento de sí, por ejemplo, el Directorio del P. Pereyra (D. 10, n. 17-20).

¹⁵ Sobre la composición de lugar, S. ARZUBIALDE, *Ejercicios espirituales de san Ignacio de Loyola. Historia y análisis*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao – Santander 1991, 131-134.

cepción “binaria” del ser humano¹⁶, aunque integrada según el concepto escolástico de *compósito*. Una persona con un mundo interior lleno de pensamientos y deseos frecuentemente contradictorios¹⁷ y también socialmente en conflicto, *desterrada* en un medio que no le es propio e inmerso en unas relaciones interpersonales que no le ayudan. Se trata de un texto poco acorde con la sensibilidad humanista actual, aunque en la época de su redacción sus expresiones quizá no resultaban tan sonoras. No parece, ciertamente, una visión muy optimista del hombre, pero es buen punto de arranque existencial de los tres primeros ejercicios.

La composición de lugar muestra la tensión intrapsíquica del ejercitante como también la tensión psicosocial en la está inmersa esa naturaleza humana dividida. Esta influencia social sobre opiniones y comportamientos del individuo es un tema más que probado en la psicología social¹⁸; para Ignacio está plenamente confirmada, aunque él desenmascara la vacuidad de los argumentos en que se basa, la futilidad de los valores propuestos, la *vanidad* de la propuesta del *mundo*¹⁹. En todo caso Ignacio considera que esa influencia no puede determinar la conducta ni quitar toda la libertad y responsabilidad del individuo, aunque sí explica en mucha medida los fuertes condicionamientos exteriores que son generados por una historia de pecado que precede al ejercitante (primer ejercicio: *Ej.* 45-54) y por un entorno sin consistencia, pero muy envolvente y seductor (*las cosas mundanas y vanas*: *Ej.* 63). Esta composición de lugar se considera al comenzar cuatro de los cinco ejercicios de esta semana (*Ej.* 47, 55, 62, 64) con el probable efecto sobre el generoso ejercitante de disponerlo a una visión de sí más realista al practicar sus ejercicios. A continuación nos detendremos en el análisis de estos aspectos en el segundo y tercer ejercicio de la primera semana.

El *segundo ejercicio* (*Ej.* 55-61)²⁰ no es una fría meditación intelec-

¹⁶ A. ALBURQUERQUE, *La parábola de los Tres Binarios de hombres*: Manresa 67 (1995), 165-167; L. GARCIA, *El hombre espiritual según san Ignacio*, Razón y Fe, Madrid 1961, 36-48.

¹⁷ La composición de lugar ofrece una explicación antropológica a la experiencia de dos tipos de deseos contrapuestos que el ejercitante experimenta: L. M. GARCIA DOMINGUEZ, *La ordenación de los deseos en la espiritualidad ignaciana*: *Communio* 22/3 (2000) 358-370.

¹⁸ G. PASTOR, *Conducta interpersonal. Ensayo de psicología social sistemática*, UPSA, Salamanca 1988; F. ARONSON, *El animal social. Introducción a la psicología social*, Alianza Universidad, Madrid 1994.

¹⁹ Aunque detecta el hecho y denuncia su falacia, san Ignacio no puede, en el siglo XVI, descubrir los mecanismos que actúan en la influencia psicosocial; pero la capacidad actual de completar su pensamiento con los estudios de la psicología social no resta fuerza a lo certero de su intuición y análisis.

²⁰ A. ALBURQUERQUE, “*Mis pecados*”. *Segundo ejercicios de la primera semana*: Manresa 64 (1992), 331-351.

tual sobre la condición humana analizada objetivamente en el contexto de la historia de salvación; sino que constituye una invitación a desprenderse del narcisismo natural que la condición humana arrastra desde la infancia, suscitando en el ejercitante la cuestión que permite la radical humildad: pero ¿quién me he creído que soy? El ejercitante se vuelve a su propio pecado en el segundo ejercicio sólo después de haber tenido una primera experiencia cognoscitiva y afectiva en el primer ejercicio (*rememorar y entender por más me envergorzar y confundir: Ej. 50*). En el segundo ejercicio recuerda su historia personal de pecado (*Ej. 56*), pero no tanto como objeto de un análisis pormenorizado sino en una apreciación global (*Ej. 57*)²¹. No se trata de un mero ejercicio de memoria histórica, recuperación de hechos para ser procesados en términos racionales de justicia, injusticia o justificación; ni menos aún, para vivenciarlos con sentimientos de culpabilidad o de disculpa. Sino que con el recuerdo de la verdad salvífica y de su propia inadecuación a ella, empieza para el ejercitante una integración de esa revelación mediante el uso de las *tres potencias* para entender, ponderar y sentir de modo que se susciten respuestas nuevas en su vida.

Tras esa mirada histórica, en el tercer punto del segundo ejercicio (*Ej. 58*), el ejercitante encuentra una ocasión para adquirir una comprensión nueva de sí mismo (*mirar quién soy yo, disminuyéndome por ejemplos*) y una comprensión nueva del Dios que lo salva en Jesucristo (*quién es Dios, contra quien he pecado*). Aunque la visión antropológica que el texto ignaciano ofrece al ejercitante tiene gran fuerza plástica en la descripción y en la nueva comprensión de sí que evoca, que es absolutamente antinarcisista (*mirar toda mi corrupción y fealdad corpórea [...], mirarme como una llaga y postema de donde han salido tantos pecados y tantas maldades y ponzoña tan turpísima*), el pecado es siempre efecto y producto de la libertad del hombre, de su decisión y de su actividad; pero no en modo alguno algo constitutivo de su persona. Pues, aunque ahondar en la concepción ignaciana del pecado requiere un análisis que excede el propósito de estas páginas, podemos recordar que los textos ignacianos hablan muchísimas más veces del pecado como realidad teológica que del ser humano como pecador²². Ciertamente, el pecado es

²¹ La idea se repite en los Directorios: D. 3, n. 10; D. 4, n. 26; D. 20, n. 60; D. 31, n. 43; D. 43, n. 125.

²² En la *Concordancia ignaciana* la palabra *pecado* se recoge 148 veces (94 de ellos en los Ejercicios); *pecar* aparece 14 veces (10 en los Ejercicios); y *pecador* aparece sólo 3 veces en todos los textos ignacianos considerados (una vez en Ejercicios: *Ej. 74*): I. ECHARTE (ed.), *Concordancia ignaciana*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao – Santander 1996, 930-934.

obra del sujeto y producto de su pecar libre (*Ej. 58*); pero la condición de pecador no es una categoría ordinaria para describir al ser humano, por lo que el pecado no es parte constitutiva del yo.

Este mayor conocimiento de sí se procura en unos ejercicios que deben realizarse con una equilibrada proporción entre sentimiento y razón²³ para garantizar en lo posible una vivencia espiritual antropológicamente integral; las peticiones de cada ejercicio también facilitan esta integración de emoción, entendimiento y acción. Pero los ejercicios propios de primera semana terminan siempre en un coloquio (*Ej. 53-54, 61, 63, 64, 71*), en una experiencia relacional que necesariamente renueva la imagen de sí y hace evolucionar la imagen previa y parcial que el ejercitante tuviera de Dios²⁴. De este modo los coloquios de la primera semana reformulan la identidad del ejercitante y le favorecen el paso a una nueva etapa de su ciclo vital.

En definitiva, de muchas maneras el conocimiento y la imagen de sí del ejercitante cambia a lo largo de la primera semana, lo cual favorecerá el proceso hacia una profunda reconciliación consigo mismo.

Las raíces del pecado: profundidad y extensión de la motivación humana

Junto al conocimiento de sí, otra aportación de la primera semana para la reconciliación consigo mismo es la mirada a la realidad del pecado personal con profundidad nueva; de modo que en primera semana el modo ignaciano de presentar el pecado tiene una intención teológica principal, pero moviliza también procesos psicológicos. El ejercitante

²³ Como indican los Directorios: D. 1, n. 5; D. 8, n. 8; D. 10, n. 42, 89; D. 18, n. 82; D. 20, n. 35; D. 31, n. 58; D. 43, n. 55-58, 222; D. 46, n. 67, 99.

²⁴ Dentro de la tradición postfreudiana de las relaciones objetales, Ana María Rizzuto señala que Dios puede entenderse como un *objeto transicional ilusorio* especial, que es cargado afectivamente a lo largo de toda la vida y que, siendo una representación que siempre está ahí, puede ser activado por distintas circunstancias, dentro de un proceso psíquico de crear y de encontrar a Dios que no termina nunca y marca el ciclo vital. Por eso el sentido del *self* (yo) del niño y del adulto se verá siempre afectado por las representaciones de su Dios personal; de modo que últimamente, “quienes no encuentran su representación de Dios subjetivamente significativa necesitan otros objetos subjetivos y otras realidades transicionales para encontrarse a sí mismos”. Ver A. M. RIZZUTO, *El nacimiento del Dios vivo. Un estudio psicoanalítico*, Trotta, Madrid 2006, 223-227 y 260.

Los coloquios de la primera semana reformulan la identidad del ejercitante y favorecen el paso a una nueva etapa vital

percibe raíces muy profundas e influencias muy diversas en el origen de sus pecados. En su infidelidad a Dios no actúa sólo su mala voluntad libre, sino también mucha oscuridad motivacional, influjos sociales, presiones culturales, fuerzas no fáciles de controlar. El ejercitante comprende que ni él resulta ser tan libre como creía ni su buena intención es tan eficaz como desea; y si, por un lado, puede experimentar cierto alivio al percibir los muchos condicionamientos de su libertad, por otro vuelve a confirmar que su imagen narcisista (manifestada en perfeccionismo y voluntarismo) es absolutamente inútil para su fidelidad al proyecto creyente.

En esta nueva visión de sí, la práctica asidua del *discernimiento* ignaciano abre al ejercitante de primera semana (*Ej.* 8, 9, 17, 313-327, 345-351) a niveles de profundidad interior que no sospechaba antes de Ejercicios. Esta percepción de su complejidad y profundidad se confirma al practicar los distintos exámenes que se le proponen (*Ej.* 24-44, 77), en los que se le recuerda que su comportamiento no sólo es activado por su propia decisión, sino también por otras fuerzas y *pensamientos* que no controla, pues no salen de su *mera libertad* (*Ej.* 32).

Pero la aportación a la complejidad de la motivación humana que parece más genial en la primera semana se manifiesta en el *tercer ejercicio*, donde se muestra la visión del pecador condicionado por el *desorden de las operaciones* (*Ej.* 62-63)²⁵. Sin embargo no todos los comentaristas explican del mismo modo este concepto, que a veces se entiende como faltas o pecados menores, para otros equivale a afecciones desordenadas y otros entienden como desorden en actividades privadas. Pero el concepto de *operaciones* parece importante en la concepción del hombre que se maneja en los Ejercicios pues, aunque solamente se cita tres veces en el texto (*Ej.* 1, 46, 63)²⁶, sin embargo se pide al ejercitante que lo repita en la oración preparatoria unas ciento cincuenta veces a lo largo del mes (ver *Ej.* 49); por lo cual conviene mucho que el ejercitante sepa exactamente lo que pide con tanta insistencia.

Es claro que para Ignacio la norma del orden es el fin del hombre (*Ej.* 23), y acomodarse al mismo realiza a la persona. Y, consiguientemente, constituye *desorden* todo lo que no está orientado a dicho fin, cualquier cosa que le impide, desvía o distrae de emplear todas sus energías vitales en dicho fin. Pero en Ignacio el desorden no está tanto en las cosas

²⁵ El desorden de las operaciones lo trata J. CALVERAS, *Tecnicismos explicados*: Manresa (1926) 119-132; 201-215; 322-332.

²⁶ Fuera de Ejercicios aparece en *Co.* 723; *Ep.* 2, 235; *Ep.* 1, 523; *Ep.* 1, 105; *Ep.* 4, 127.

(que *han sido criadas para el hombre y para que le ayuden*) sino en el uso que haga el individuo de ellas (*tanto / cuanto, hacernos indiferentes, lo que más*). Con el término de *operaciones* Ignacio se refiere a las actividades humanas externas, a los actos internos o acciones para con uno mismo (como indica Calveras y repiten muchos); pero, más en general, son los actos corporales y mentales, intencionales o no. Desde las operaciones naturales vegetativo-corporales, tales como digerir²⁷, hasta las más significativas operaciones intelectuales propias del entendimiento, y que empleamos en la actividad de orar (*Ej.* 1). De modo que el concepto se refiere a cualquier actividad (*operare*) de las potencias vegetativa, sensitiva, apetitiva, racional o locomotriz de la persona humana. Operaciones son, pues, dinamisismos físicos y psíquicos, actividades intencionadas o no, que desarrollan cualquiera de las facultades humanas, corporales o psíquicas, para actuar sobre sus objetos propios. Por lo demás, cualquier operación humana puede estar informada o no por la gracia, y estar ordenada o no al fin último del hombre; con lo cual una persona puede estar ordenada o no en sus operaciones, ya que éstas tienden a funcionar articuladamente al servicio de los dinamisismos intencionales que unifican al sujeto, sean conscientes o no²⁸.

Según esta interpretación, parece que el texto de los Ejercicios se muestra una visión antropológica en la que el ser humano, que tiende a la integración de su constitución compleja, y cuyas operaciones están íntimamente relacionadas entre sí, puede ser afectado por la intencionalidad de su orientación fundamental, según una visión antropológica finalística. Pero este desorden intencional del ser humano (consciente o subconsciente) le afecta a todo él y puede desordenar su funcionar, sus operaciones, y la relación con los objetos (personas, cosas y situaciones) que las operaciones procesan. Lo contrario de lo que sucede en una persona ordenada. El desorden de las operaciones es una manifestación de esta tensión motivacional que puede sesgar la racionalidad humana, puesto que el percibir, sentir y pensar conforman expectativas inadecuadas y desproporcionadas al realismo de la condición humana; el desorden de las operaciones distorsiona la imagen de sí, no admite en paz la condición de pecador y no dispone al ejercitante en alabanza y servicio ante el Creador.

²⁷ Carta de san Ignacio a Francisco de Borja de 20 de septiembre de 1548: *Ep.* 2, 233-237.

²⁸ Intencionalidad consciente se da cuando, por ejemplo, el ejercitante quiere y desea y es su determinación deliberada seguir al rey eterno que le invita (ver *Ej.* 98). Intencionalidad inconsciente puede darse, probablemente, cuando el ejercitante quiere quitar un afecto a la cosa adquirida que impide su elección, pero no pone los medios adecuados (ver *Ej.* 154); o cuando en la elección trae el fin al medio y elige primero el medio y luego quiere que Dios venga derecho a su afección desordenada (cf. *Ej.* 169).

*En el tercer ejercicio el
ejercitante se abre al
misterio de su motivación
y a la influencia del
mundo sobre él*

La aportación de la psicología profunda nos permite comprender hoy más claramente que Ignacio los distintos niveles de conciencia del funcionamiento psíquico y de las operaciones. Existen fuerzas dinámicas no sólo conscientes y racionales, sino también subconscientes y emotivas, que influyen poderosamente en el comportamiento y que pueden motivar a sentir y conocer, a elegir y actuar en asuntos centrales de la propia vida de modo desordenado. Y resulta patente la dificultad de actuar sobre el desorden de las operaciones cuando éste es inconsciente. En el tercer ejercicio de la primera semana no sólo se abre el ejercitante al misterio de su motivación, sino que Ignacio le hace consciente también de la influencia poderosa que sobre él ejerce *el mundo*. En el texto de los Ejercicios se habla del *mundo* en varios sentidos, uno de los cuales es verlo como uno de los enemigos del alma o de natura humana (Ej. 63, 142, 173; cf. 9)²⁹. En este último sentido, que tiene connotaciones bíblicas, se ilumina la antropología social ignaciana: el mundo es un enemigo del ejercitante porque influye poderosamente en su interior y en su motivación, de modo que el concepto de *honor* refleja el esfuerzo ignaciano para desenmascarar la gran falacia de la influencia cultural o del ambiente y del grupo de referencia. Actualmente la psicología acepta ampliamente que el ambiente (familiar, escolar, relacional, cultural) influye notablemente en este complejo “bio-psico-social” que es el ser humano. La psicología social y la sociología ofrecen explicaciones de las conductas humanas, y de los procesos internos de pensamiento y emoción, basadas en la observación de estos influjos externos del ambiente. En síntesis, el texto recuerda al ejercitante este mensaje: no olvides que eres un ser constitutivamente psicosocial pero, en esa dimensión, altamente influenciado por *las cosas mundanas y vanas* (Ej. 63).

Una reconciliación incompleta y un proyecto abierto

Otras muchas piezas ignacianas de la primera semana que aquí no

²⁹ La palabra *mundo* aparece diecisiete veces en el texto de Ejercicios, con tres significados distintos: la totalidad de la tierra (Ej. 71, 102, 103, 141, 145, 165, 307), la totalidad del género humano (Ej. 9, 94, 95, 167, 265), y como uno de los enemigos del hombre: *Vocabulario* de Cándido de Dalmases, en IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, Sal Terrae, Santander, 1990, 201. El autor recoge los tres significados del Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua.

hemos examinado favorecen la reconciliación consigo mismo del ejercitante y, más allá, posibilitan incluso una verdadera re-estructuración del yo. Con todo, ahora queda por añadir que la reconciliación indicada es todavía parcial e incompleta; pues queda pendiente de realizarse en un proyecto personal al que se ha invitado al ejercitante, pero que éste todavía no ha emprendido. Aunque ya en la primera semana se confronta el ejercitante con su futuro, pues el quinto ejercicio, *meditación del infierno* (Ej. 65-71) presenta la proyección personal de su opción precedente por el pecado en su vida. De modo que en la primera semana se alcanza una reconciliación real, pero inacabada, porque al final de la misma el ejercitante, más pacificado y no amenazado, mira hacia el futuro y quiere disponer de sí.

Pues Ignacio diseña una primera semana dentro de un proceso completo de cuatro semanas y la reconciliación consigo mismo que se alcanza en ella es, en cierto modo, dialéctica e inacabada. Reconciliación dialéctica porque, antes de llegar a la síntesis completa de la realización de sí en alabanza y servicio, Ignacio parte de la tesis del narcisismo connatural humano (ver Ej. 20) y pone como antítesis los claroscuros antropológicos de la primera semana, que sitúan al ejercitante en el *humus* adecuado. Pero también es una reconciliación inacabada porque el ejercitante continúa en las siguientes semanas un recorrido que le afectará profundamente a su autocomprensión, a la visión de su quehacer en este mundo, a su nueva identidad, al sentido de su amor y de su vida, a la razón de su productividad, actividad y generatividad³⁰. De este modo el recorrido por las restantes semanas de los Ejercicios³¹ producirán en el ejercitante nuevas experiencias y percepciones de sí que completarán no sólo nuevos motivos de reconciliación consigo, sino nuevas etapas de identidad y autocomprensión que van más allá de la superación de la división y contradicción internas y, superando la fase un tanto homeostática de la reconciliación consigo, le proporcionarán una identidad más pro-activa, en la que el yo se descentra y proyecta, menos pendiente de sus propios sentimientos y más determinado por los otros y el Otro. Y así, mucho más claramente que en el fruto de la primera semana, realiza su vida (o *salva su alma*: Ej. 23).

No podemos detallar aquí esas propuestas ignacianas que continúan y

³⁰ Son algunos de los temas de un itinerario de la madurez: E. ERIKSON, *El ciclo vital completado*, Paidós, Barcelona 2000.

³¹ No todos los ejercitantes que pueden aprovecharse de la primera semana tiene *subyector* para la segunda, como se supone en los Ejercicios (ver Ej. 9, 10, 14, 18) y se indica en los Directorios (D. 1, n. 13; D. 3, n. 13; D. 4, n. 1; D. 20, n. 10-11; etc).

llevan a plenitud la reconciliación consigo sólo iniciada en la primera semana. Sólo apuntamos que en la segunda semana el ejercitante sigue un llamamiento a realizarse no sólo en una nueva tarea sino que le exige su transformación como persona (en la oblación del Reino: *Ej.* 98). Un seguimiento que purifica una y otra vez su ambivalencia potencial mediante los ejercicios de banderas, binarios y tres grados de humildad (*Ej.* 136-147; 149-157; 165-167), purificación que se continuará en las contemplaciones de la tercera semana. Pero el momento de la elección es otra ocasión de conocerse (en su ambivalencia), de rectificar el propio proyecto, de probar su intención afectiva (ver *Ej.* 342) conjurando sus afecciones desordenadas, siempre buscando la autenticidad en el salir del *propio amor, querer y interesse* (*Ej.* 189). En efecto, mediante la presencia de afecciones desordenadas puede el ejercitante elegir algo bueno que, sin embargo, no es lo mejor para él, sino que alimenta y gratifica en él indirectamente algunas necesidades psíquicas más o menos latentes³². Todavía más adelante, en tercera semana, se le ofrecen unas reglas para ordenarse en el comer (*Ej.* 210-217) que no son reglas de penitencia, sino de ordenación de los apetitos irrenunciables de su mundo tendencial: de modo que el ser dividido y conflictual puede integrarse en mucha medida, según la visión ignaciana, mediante el discernimiento y el trabajo de ordenarse. Este itinerario se concluirá en la contemplación para alcanzar amor (*Ej.* 230-237), un ejercicio en cuyos cuatro puntos se muestra una antropología reconciliada y un sujeto en relación de armonía, ahora sí, con toda la realidad: con su historia, con la naturaleza, con una realidad habitada por Dios y con sus propias cualidades personales.

El ejercicio de la primera semana no ofrece una reconciliación consigo mismo fácil sino paradójica

Conclusión

El ejercicio ignaciano de la primera semana no ofrece una reconciliación consigo mismo en modo alguno fácil, sino paradójica; pero es una reconciliación enraizada en dinamismos profundos que las ciencias humanas pueden confirmar. El propio conocimiento sobre bases realistas puede alejar, aunque con esfuerzo y dolor, del narcisismo origi-

³² J. CALVERAS, *Qué fruto se ha de sacar de los Ejercicios de san Ignacio*, Librería Religiosa, Barcelona 1941, 53, 73-77; L. M. GARCIA DOMÍNGUEZ, *Las afecciones desordenadas. Influjo del subconsciente en la vida espiritual*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao – Santander 1992, 79-98.

nal para acercar al realismo antropológico que permite una vivencia en paz consigo y con los demás, que genera expectativas realistas ante sí mismo y en las relaciones interpersonales.

La primera semana ignaciana busca la reconciliación del ejercitante con Dios y su cambio de vida por amor; pero esto no se suele realizar si no va unido a una adecuada y profunda reconciliación consigo mismo. San Ignacio pretende la primera reconciliación, pero incluye la segunda como fruto y condición de su recorrido.

Este realismo antropológico ignaciano que se presenta en el texto debe guiar la pedagogía espiritual del que da Ejercicios (y de quien acompaña espiritualmente con perspectiva ignaciana), de modo que no le ahorre al ejercitante la purificación que necesariamente debe “sufrir” ni lo abandone en una vivencia meramente psicológica de su inadecuación. La consideración de las indicaciones del texto y la comprensión global del pensamiento antropológico y espiritual ignaciano le guiarán en tal difícil tarea.

La primera semana puede darse y vivirse de modo muy pernicioso. No es fácil la pedagogía para con un ser caído y salvado, puesto que siempre habrá que tratar con la profunda división instaurada en un corazón humano que es capaz, como verificamos cada día, de ofrecer lo mejor de sí, pero también de generar lo peor³³. Pero en esta dificultad, Ignacio de Loyola tiene su propia visión y ofrece su particular pedagogía espiritual. Pretende que el ejercitante llegue a una realista conciencia de sí que sostenga una autoestima adecuada y humilde, y que le posibilite la verdadera libertad para una disposición de sí en alabanza y servicio. Este realismo antropológico ignaciano ha apoyado la entrega generosa e ilusionada de muchas personas que se han consagrado al apostolado con profunda esperanza y seguridad en sus proyectos; éste es quizá el mejor rostro de la autoestima cristiana.

³³ CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et Spes*, n. 10.